

EL TIO PATO

Le llamábamos “Tío pato” al señor Manuel. Nos recordaba una imagen del Pato Donald caminando con una maleta en cada mano.

Le conocimos como buhonero, antes de establecerse como tendero en la calle Alta del Horno, a mano derecha, poco antes de llegar al horno de Emerenciana. Recorría los pueblos caminando, o con su bicicleta y sus dos maletas llenas de múltiples productos que los buhoneros de hoy de la venta ambulante, no comercializan. Podía llevar en sus maletas desde agujas e hilo de diferentes colores, pasando por ovillos de lana, o cremas y cuchillas para afeitar, y un largo etcétera.

Le recuerdo con afecto, porque además de vendernos diferentes productos habituales en las tiendas de ultramarinos de la época, pasábamos con él largos ratos de charla sobre diferentes temas. Tales como de números y contabilidad; de la que era un gran estudioso. Sobre las palomas; ya que tenía un palomar en el granero de su casa. Sobre las obras de reforma de su casa. O sobre recuerdos de su añorada tierra asturiana de la que era originario.

Era muy amable, educado, imaginativo y a veces sorprendente. Al respecto, recuerdo el día que nos enseñó las escaleras de su casa que las había convertido en una rampa desde el patio hasta el granero. Ante un hecho tan poco habitual, nos explicó que tal obra de albañilería trataba de evitar que algún día se pudiera desnucar como consecuencia de alguna caída.

De vez en cuando, sus recuerdos le llenaban de melancolía y, recurría a tomar alguna copa para aliviar sus penas. El era consciente de tal situación, y por ese motivo modificó la escalera.

No se le conocía familia. Se decía en el pueblo que estaba desterrado en Bubberca, por algún asunto de tipo sentimental que le tocó vivir en Asturias.

Cuando le conocí, tendría una edad pasada la cincuentena. Pero sus ganas de aprender cosas le hacían estar rodeado de libros. Aprovechaba para estudiar en los ratos donde no había clientes que atender en la tienda.

Su forma de ser, con virtudes y defectos, me enseñó que a veces la vida no irá como piensas. Pero, el afán de superación y las ganas de vivir, te llevarán a acercarte a tus objetivos. No es tan importante cuantas veces te caes, sino cuantas veces eres capaz de levantarte.

OCTAVIN, UN HERMANO MAYOR PARA MI

Octavio Muñoz Latorre, así solo le llamaba Don Félix el Maestro, era el referente a seguir. Un hermano mayor para mí.

Tal vez por ser el menor de cuatro hermanos, había adquirido las experiencias que los mayores le habían transmitido. Tal vez por su propia personalidad. El caso es que para mi Octavín fue un niño y adolescente: despierto, listo, inteligente, competitivo, discreto, honrado, trabajador, buen amigo, y muy familiar.

A continuación relataré unos cuantos recuerdos, que justifican, de sobra, mi percepción.

Fuimos compañeros de juegos y escuela durante un tiempo. Hasta que a sus catorce años dejó la escuela, para trabajar, como Pinche en la cocina del Hostal Restaurante Marivella de Calatayud.

Si el contacto entre nosotros era grande en su etapa escolar. No menos intenso era cuando regresaba al pueblo, para pasar su día de descanso laboral.

Recuerdo el ejemplo que nos dio a todos, cuando encontró una importante cantidad de dinero entre el barro de la acequia, que pasa junto a la carretera nacional dos. Cerca de la peligrosa curva, que se encuentra próxima a la entrada al camino de la estación de ferrocarril.

Las acequias se dejaban sin agua una vez al año, para limpiarlas de barro y maleza. Nosotros aprovechábamos la ocasión para pescar a mano barbos y cangrejos dentro de la acequia.

Pero en aquella ocasión, Octavín encontró un paquete con dinero, procedente de una familia, que sufrió un desgraciado accidente de tráfico. Inmediatamente, buscó el paradero de esta familia y le entregó su dinero. En compensación, por su acción, le regalaron un scalextric, que compartió con todos nosotros. Aquel regalo era la máxima aspiración, en juguete, que podía tener un niño de la época.

A Octavín no le gustaba perder ni a las canicas. Recuerdo que en una ocasión, jugando al fútbol en la calle Bajera, iba a golpear el balón con tantas ganas, que alguien le retiró el balón, y dio una patada a una piedra que protegía una enorme puerta, que cerraba un solar situado detrás del Bar de la Mercedes. Su pié se le inflamó de tal forma, que no podía apoyarlo. Menos mal que el agua caliente con sal y vinagre y, las expertas manos de una curandera, dejaron el pié como nuevo.

Igualmente, por ese espíritu ganador, recuerdo nuestros ensayos para tirar faltas con barrera, en la primera era, situada a la izquierda del camino que sube desde el Barrio del Hortál. En aquel tiempo, esta era, la considerábamos el estadio de nuestros sueños de futbolista.

Pero, un día la sorpresa fue mayúscula, cuando antes del partido de fútbol en la era, Octavín me enseñó con orgullo y sigilo su carnet del .PCE.

Ambos intuíamos y suponíamos, a pesar de nuestra corta edad, lo que ello significaba en aquellos años. Para mí, fue un gesto de confianza por su parte y, hasta ahora, siempre lo he guardado en secreto. Creo que dice mucho de su compromiso social y su aportación a la democracia, en aquellos años de clandestinidad para quienes pensaban diferente al régimen establecido.

Finalmente, voy a terminar recordando su sentido del humor, cuando en el domicilio familiar veíamos por televisión a una de las presentadoras del telediario. En aquel momento, Octavín le contaba, entre risas, a su tía abuela Valentina que dicha presentadora era su novia. Para Valentina y muchas otras personas, ver televisión era como tener abierta una ventana, desde la que presenciaba cosas inimaginables, antes de la llegada de la televisión.